

El camino de la configuración permanente

Vida espiritual del presbítero en clave de formación permanente

Introducción

Agradezco la invitación en la persona de Mons. Troccoli. Cada día rezo por la *“conversión y fidelidad de los sacerdotes, especialmente en Uruguay”*. Acepté el desafío en este tiempo en que se desea publicar el protocolo para la prevención de abusos en la Iglesia y estudiar las *“Orientaciones para una pastoral presbiteral”*. Propongo reflexionar la formación permanente como configuración permanente con Cristo, Maestro, Sacerdote y Pastor, como un itinerario pensado en una Iglesia sinodal. Ubico el aporte en la línea de la *“teología espiritual sacerdotal”*.

De las *“Orientaciones para una pastoral presbiteral”* subrayamos: la necesidad de una pastoral presbiteral que acompañe al sacerdote en todas las etapas de la vida privilegiando su espiritualidad específica, la formación integral, el estilo presbiteral inspirado en el venerable Jacinto Vera. Nos alegra la consciencia de que el ministerio es un medio de santificación, la vivencia de los Ejercicios Espirituales anuales, la buena relación entre religiosos y seculares. Nos preocupa el poco interés por las vocaciones al ministerio ordenado, el número de presbíteros que dejan, la situación económica deficiente de algunos, la falta de diálogo intergeneracional, los conflictos, las dependencias, las compensaciones, de que a veces, se encare el ministerio como rol. Coincidimos en la necesidad de revisar y convertir nuestras estructuras pastorales, en que faltan acompañantes espirituales idóneos¹.

La *“Ratio fundamentalis”*² propone la formación inicial y la formación permanente como *“un único camino discipular”*. La primera se apoya en cuatro dimensiones: espiritual, humano-afectiva-comunitaria, pastoral e intelectual; la segunda ha de ser integral e incluir estas cuatro dimensiones. La Ratio indica que la dimensión espiritual y la humano-afectiva son muy importantes.

Configuración

Proponemos como tema: **El camino de la configuración permanente**. El diccionario define *“configuración”* como: *“dar o adquirir una forma determinada”*. Por un lado, Jesucristo y la Iglesia *“dan forma”* al presbítero para que viva su ministerio adecuadamente. Por otro, y al dejarnos formar, adquirimos *“mínimamente”* la *“forma”* del Buen Pastor. La configuración comienza en la casa de formación (etapa propedéutica, discipulado y etapa de configuración en el clero secular) y continúa durante todo el ministerio. Este itinerario posee etapas. Somos como un *“líquido”* que ha de tomar la *“forma”* del Pastor Bueno que conoce y llama a sus ovejas por su nombre, busca a las que están afuera, da la vida por su rebaño Cf. Jn 10, 1- 16).

¹ Cf. Orientaciones para una pastoral presbiteral.

² Cf. *“El don de la vocación presbiteral”*, Roma, 2016.

Es un itinerario de maduración cuyos frutos son la identidad y la santidad. Cada uno recibe de Dios un llamado a la vida y a la fe por un lado, a una vocación eclesial por otro. El llamado incluye múltiples llamados de crecimiento, conversión y compromiso. La vertiente humana del llamado responde a la interrogante: ¿Cómo soy? La bautismal a la pregunta: ¿Quién soy? La vertiente eclesial responde a la interrogante: ¿Para quién soy? Vivimos al servicio del rebaño; participamos del sacerdocio de Cristo en la medida en que pastoreamos “con” Él y nos dejamos pastorear “por” Él. Decía San Juan Damasceno: “Ahora, Señor, me has llamado por medio de tu obispo, al servicio de tus discípulos... Apacientame, Señor y haz tú de pastor, junto conmigo”.

Desde el Magisterio de la Iglesia que peregrina en Uruguay tomamos cinco imágenes sacerdotales. Las tres primeras son pre-conciliares: Mons. Semería dice que el sacerdote “*representa a Jesucristo*”³. Mons. Arros pide indica que “*en la parroquia está la más completa personificación de Jesucristo, es decir el Párroco*”⁴. Mons. Barbieri propone al presbítero como: “*Ministro de Cristo y Otro Cristo*”⁵. Encontramos en ellas una “línea cristológica”. Luego del Concilio Vaticano II, Mons. Balaguer recuerda que los sacerdotes son “*próvidos colaboradores del orden Episcopala*”. Anteriormente, Mons. Camacho había señalado que es “*colaborador del Obispo*”⁷. Hay aquí una “línea eclesiológica”. Ambas son una misma realidad en quien actúa en “nombre de Cristo Cabeza” y en “nombre de la Iglesia”. Para “personificar” a Cristo proponemos -sin dejar la línea eclesiológica- retomar la línea cristológica, fomentando todo lo que signifique “*estar con Él*” (Mc 3, 15), vivir “por Él y para Él” (Cf. Col 1, 16).

El presbítero está al servicio del sacerdocio común de los fieles. Ha de animar al rebaño, ser sensible a los heridos del camino y buscar buenos pastos en comunión con los planes o proyectos pastorales. Ha de configurarse con Jesucristo, tener una profunda experiencia de Dios, ser dócil al Espíritu, ser servidor de la vida, ser misericordioso”⁸. Pastorear es más que un oficio, es una manera de vivir. Nos preguntamos: **¿Quién cuida del pastor y su vida interior para que no se separe del Corazón de Jesús?** ¿Quién cuida a los que cuidan?

Caridad pastoral

La caridad pastoral es el núcleo unificador de la persona y del pastor. Pastores Dabo Vobis⁹ la define como: “el principio interior, la virtud que anima y guía la vida espiritual del presbítero en cuanto configurado con Cristo” (PDV 23). Es

³ Boletín Eclesiástico; a partir de ahora BE. Año 1910, 118.

⁴ Cf. BE 1925, 133 ss.

⁵ Cf. BE 1946, 522- 523.

⁶ Vida Pastoral; a partir de ahora VP. Año 1981, 91- 93.

⁷ Cf. BE 1919, 16, 3.

⁸ Cf. Conferencia del Episcopado Latinoamericano, Aparecida-Brasil 2007; a partir de ahora DA; 199.

⁹ Juan Pablo II, Exhortación Apostólica Pastores Dabo Vobis, Roma 1992; a partir de ahora PDV.

participación en su caridad pastoral y su afectividad. No se trata de tener actividades, sino de “ser” pastores. Santo Tomás de Villanueva propone cuatro actitudes: amor de apacentar, doctrina para alimentar sólidamente al rebaño, inteligencia para conducirlo hacia la salvación y vigilancia para preguntarse: ¿Qué necesita el rebaño?

Realidad

La Exhortación “Christus vivit”¹⁰ analiza la realidad e indica: “hoy se promueve...una afectividad sin comunidad y sin compromiso” (CV 184). La post-modernidad trasmite desencanto y relativiza todo. Somos más vulnerables y se atiende al “yo” más que al bien común, mientras crece el individualismo, la subjetividad. La capacidad de opción está lesionada.

Durante la formación inicial debimos haber comenzado a trabajar las “heridas del alma”. Existen heridas físicas, morales, espirituales, etc. A una de ellas llamamos “herida primordial”. Puede ser una experiencia de abandono durante el divorcio de los padres, una afirmación repetida: “no servís para nada”, etc. En el Credo rezamos: “descendió a los infiernos”. Durante la etapa formativa y muchas veces en la vida, hemos de descender a nuestros “infiernos” e integrarlos. Desde allí construimos nuestra identidad y nuestra espiritualidad. Trabajadas, “la” y las heridas se convierten en riqueza, en una particular sensibilidad ante otros heridos, en una experiencia de agradecimiento profundo por lo que el Señor hace en nosotros (Cf. 1 Cor 15, 10). La herida es “nuestro talón de Aquiles y el mal espíritu siempre intentará entrar por ella. Necesitamos dejarnos tocar por quien estuvo herido en la Cruz y también es médico. Nos acercamos a los demás con compasión porque fuimos sanados. Asimismo, nuestro cuerpo habla, aunque no siempre reconocemos lo que dice; es importante seguir escuchándolo. A nivel espiritual, la formación inicial da estructura; aunque se modifique, no debería ser suprimida.

Espiritualidad

En Uruguay, durante el siglo pasado, la Iglesia propuso: 1) la espiritualidad del Corazón de Jesús, 2) una presentación de lo espiritual a partir de la vida de los santos y en especial de la Virgen María, 3) el testimonio de sus “curas” y 4) la formación de la conciencia.

La vida espiritual consiste en vivir según el Espíritu Santo. Incluye la oración personal y comunitaria, la Liturgia de las Horas, la escucha atenta de la Palabra de Dios, la vivencia de la Eucaristía, de la Reconciliación, el cultivo de las virtudes, los actos de piedad, el discernimiento de espíritus, la búsqueda de la Voluntad de Dios con la ayuda del acompañante espiritual, etc. La lectura colabora con la vida espiritual. La oración estimula el crecimiento humano-afectivo y nos conduce a la pastoral; la sensibilidad ante la realidad nos devuelve a una “oración encarnada”.

¹⁰ Francisco, Exhortación Apostólica “Christus vivit”, Roma 2019; a partir de ahora CV.

Sólo una profunda vida espiritual puede darnos vida si nos toca pastorear una comunidad tóxica. En una Iglesia pobre como la nuestra, el sacerdote habla con Dios en la oración, de Dios en la predicación y como Dios por los sacramentos, al decir de Víctor Gil¹¹. Siempre hemos de recordar que el Padre nos ama incondicionalmente.

Hablar con Dios

La oración es fundamental en todo discípulo misionero; nosotros oramos desde nuestra identidad sacramental con oración trinitaria, relación con cada una de las Personas divinas de un Único Dios. Esta oración busca tener intimidad y obediencia filial al Padre, unidad con el Hijo, docilidad al Espíritu. Hemos de ser cuidadoso a pesar de las responsabilidades. La principal intercesión es por el rebaño. El modelo es la oración sacerdotal de Jesús (Cf. Jn 17). Luego de la ordenación no rezamos desde nosotros mismos, sino desde la consagración. Servimos al pueblo, pero la mirada está atenta al que nos llamó y envía. Somos la misma persona, pero tenemos una misión sobrenatural. Para hablar “con Dios”, hemos de escucharlo. Pero, no todo lo que escuchamos viene de Dios, es la primera regla espiritual. San Ignacio invita a distinguir la voz del buen espíritu y la del mal espíritu. San Bernardo agrega que se ha de diferenciar la voz del mundo y la de uno mismo. ¿Cómo saber quién habla? Es necesario discernir lo correcto, tanto para uno mismo como para el rebaño. Siguiendo a San Ignacio, se trata de elegir “tanto y cuanto” ayude a la configuración con Cristo y a vivir nuestra vocación con fidelidad.

Hablar de Dios

Hablamos “de Dios” en la predicación; al enseñar participamos del ministerio profético de Cristo. La lectura orante de la Palabra de Dios ha de transformarse en prédica; sólo así tendrá “algo de Dios” para llegar al corazón de otros discípulos.

Hablar “como” Dios

Nuestra configuración es con Jesucristo que vivió en castidad, pobreza y obediencia. Hemos de llegar a tener su “forma”. En primer lugar, hemos de vigilar el principio evangélico de la castidad (o voto) que es una motivación teológica y espiritual más que disciplinar; es un don que se recibe junto a la vocación. Ha de entenderse como pilar espiritual y fuente de fidelidad. La entrega pastoral reclama un corazón indiviso pues nos hace “esposos” de una comunidad y nos brinda la gratificante vivencia de la paternidad espiritual. Para vigilar, hemos de tener en cuenta que la castidad no sólo es física, sino también afectiva e imaginativa; a la vez, hemos de reconocer que existen tres “fantasmas: quien tuvo relaciones genitales el fantasma de la memoria, quien no las tuvo el fantasma de la curiosidad y todos, el fantasma de querer ser iguales a los demás. Lo afectivo- sexual también se manifiesta en “apegos” afectivos, ideológicos o materiales (aquí usamos el concepto de San Ignacio). Los apegos revelan que Cristo deja de ser el centro y en consecuencia, comienza el vacío, mientras nos hacemos esclavos de nuestras

¹¹ Cf. VP 1973, 293- 296 y VP 1971, 214- 221).

propias pulsiones. Cada uno ha de cuidar su persona y vigilar este don. Nos preguntamos: **¿Cómo vigilo el don del celibato?** ¿Qué me mueve en lo cotidiano? ¿Cuáles son mis apegos?

En segundo lugar, hemos de vigilar el principio evangélico de la pobreza, en un mundo donde tener y acumular son denominadores comunes. Somos llamados a vivir la austeridad de vida, a vivir con lo justo y necesario. La pobreza evangélica es una forma de desprendimiento. El P. Chevrier decía que el sacerdote es “un hombre despojado”; esto nos hace libres. Nada es nuestro, todo es del Señor. La pobreza actual no sólo es de vivienda, pan o trabajo, es sobre todo moral. Hemos de cuidar nuestras personas, “tocar la carne” de Cristo en los pobres, miserables, descartados de nuestras ciudades y del medio rural. La vida provoca una interrogante: **¿Quiénes son “mis pobres” y cómo los acompaño?**

En tercer lugar, hemos de vigilar el principio evangélico -o el voto- de obediencia, del vínculo con el Obispo, el presbiterio, la Iglesia. En la ordenación prometimos obediencia al Obispo y a sus sucesores. Jesucristo fue obediente al Padre (Cf. Fil 2, 7- 8). La obediencia nos hace libres (Cf. LG 28; CC 1567). No es fácil obedecer. Nos preguntamos: **¿A quién y cómo obedezco?**

La configuración con Jesucristo nos permite actuar “como Dios” al santificar al pueblo con los sacramentos y animar la vida de nuestras comunidades. Cuando decimos: “yo te absuelvo...”, “Este es mi Cuerpo...”, “por esta santa unción...” ya no somos nosotros mismos, es Cristo quien habita en nosotros (Cf. Gal 2, 20). Esta vivencia nos conduce a la humildad. Somos como flautas que dejan salir las notas de una música que no es nuestra. Servimos en comunión con el Obispo-Pastor.

Escalera descendente

La realidad nos interpela. Existe una configuración que se diluye. Los abusos y deserciones nos llevan a preguntarnos: **¿Qué sucedió?** A nivel psicológico distinguimos problemas estructurales que son impedimentos -algunos no debieron ordenarse- y problemas relevantes que exigen terapia. A nivel espiritual diferenciamos tendencias, tentación, pecado, descuido. En un proceso espiritual es fundamental atender a la conciencia moral que crece o decrece. Para explicarnos brevemente un proceso de no-configuración imaginamos una “escalera descendente

A). **Tentaciones.** Es una experiencia habitual. En los presbíteros se manifiestan tanto en lo afectivo-sexual, como en la búsqueda de poder, placer, auto-referencia, horas en internet...Crece el descontento y disminuyen los tiempos de oración. Aunque hay unidad entre castidad, obediencia y pobreza, uno o dos de ellos se debilitan; aumenta la fragilidad, mientras la persona se mueve más bien por sus necesidades y compensaciones. La integración a la Congregación o al presbiterio es ahora con condiciones; las reuniones son solo con los pares; comienza el alejamiento afectivo o efectivo con el Obispo. El sacerdote deja de visitar enfermos o ir a velorios, deja aquello que lo enfrenta al sufrimiento y a la muerte; deja de tener

acompañamiento espiritual y referentes morales. Cada tanto conviene que nos preguntemos: **¿Cuáles son mis tentaciones más frecuentes?**

B). **Justificaciones.** Disminuye la oración; la persona deja de escuchar al Señor y pasa a escucharse únicamente a sí mismo. Una o más compensaciones pasan a determinar las opciones y el tiempo personal. Se aceptan y justifican algunas incoherencias; la tentación se transforma en pecado mientras crece la subjetividad. Disminuye considerablemente la conciencia moral. La persona “decide” lo que es pecado y lo que no lo es. La integración al presbiterio pasa a ser virtual; la persona queda “psicológicamente” fuera del mismo. Ya no conversa con el Obispo; ahora las reuniones frecuentes son con quienes lo justifican. Comienza la manipulación de las conciencias. Algunos síntomas: se deja la confesión personal, mientras aumenta el desorden interior. Nos preguntamos: **¿En qué me justifico?**

C) **Caída.** El pecado se transforma en hábito, crece el vacío interior y desaparece la conciencia moral. Puede llevar al abandono o al escándalo. Se renuncia a la configuración con Cristo. ¿Qué hacer? Para algunos casos sería recomendable “casas de recuperación” (en Uruguay o en los países vecinos).

Todos podemos recorrer -en tiempos diferentes- este itinerario descendente con estos u otros síntomas. La responsabilidad es de todos. La psicología sistémica indica que la caída de uno refleja que el grupo no es sano. Las instituciones sanas generan personalidades sanas, las tóxicas no. Por eso, proponemos un acompañamiento mutuo. Nos preguntamos: **¿Cómo nos acompañamos?**

Configuración permanente

La escalera también permite ascender. Con Cencini¹² definimos la formación permanente como: “la disponibilidad constante a aprender”. Es “la disponibilidad a escrutar y descifrar lo que hay detrás de las peticiones y expectativas, ansias y conflictos, nerviosismos y euforias, ilusiones y desilusiones... más o menos in-expresos, pero siempre reveladores de nuestro personal mundo interior”. Es opción por aprender, orar con la vida y la vocación. Es discernimiento y cultivo de las distintas áreas de la formación inicial (Cf. PDV 72 y 76; DA 200). La formación permanente abarca toda la vida y se subdivide en etapas; comúnmente se habla de “formación permanente inicial” (de 0 a 5 años de ordenación), “formación permanente media” (de 6 a 15 años), “formación permanente madura” (de 16 a 25 años) y “formación permanente avanzada” (de los 26 hasta los 40 años de ordenación); queda abierto un tiempo especial a partir de los 65 años de edad.

Primera Configuración

El “adulto joven” pasa de la vocación soñada a la vivencia. Se abren nuevos desafíos: la Parroquia, un post-grado, la responsabilidad pastoral, que exigen superar la inseguridad y el deseo de posesión (“mi” capilla, “mi” colegio, “mi” generación). Los primeros peligros son: dejar el acompañamiento espiritual, pensar

¹² Cencini A, “La formación permanente”, 191 y 409.

la vocación como rol, comenzar a “hacer carrera”, competir con los sacerdotes mayores. Es fundamental el trabajo en equipo y la conciencia de pertenecer a un presbiterio que existe desde antes que llegásemos y permanecerá después de nuestra muerte. Es el tiempo de volver a “quemar las naves” -o lo que queda de ellas- para “no volver atrás”. Un reto importante es la ascesis que busca ordenar los dinamismos interiores e impide que seamos espiritualmente “blandos”. El desafío es salir de nosotros mismos, hacerlo todo “por” Cristo. San Atanasio propone vigilar, dulzura, humildad, desprecio al dinero y amor a los pobres.

Segunda Configuración

El “adulto medio” intenta ir a lo esencial. Por un lado pueden aparecer interrogantes: ¿Esto, con quién lo converso? ¿Valió la pena todo lo que hice? ¿Equivoqué el camino? Puede reaparecer la necesidad de una pareja o de paternidad. Por otro, aparece la necesidad de una oración de intimidad, más silencio y soledad. La crisis es una oportunidad para crecer, volver a optar y comenzar una etapa creativa, de unificación, de reconciliación con uno mismo, mientras se rehace la experiencia de perdonar, pedir perdón. A nivel espiritual se hace fuerte la experiencia de la fidelidad de Dios que hace posible toda fidelidad. Comúnmente hay estabilidad emocional, intimidad vincular y entrega activa. Los vínculos se establecen y resitúan desde la identidad pastoral. En esta etapa, es fundamental el acompañamiento personal como forma de confrontación psico- espiritual y de unos a otros. Hay olvido de uno mismo, apertura real a los demás, mientras se contempla el mundo “desde” Cristo y crece el compromiso con la Iglesia real. En la fase para evitar el pecado mortal. Se desarrollan las virtudes teologales. La etapa incluye un nuevo y profundo conocimiento de uno mismo; la persona se abre totalmente a la gracia. Tres valores indican el progreso: coherencia, intimidad con Cristo y caridad sin límites. La oración pastoral puede pasar por momentos de aridez, pero Dios nos da siempre su consuelo. La oración diaria incluye el trípode: Palabra de Dios, Eucaristía y caridad. La persona es capaz de decir con Carlos de Foucauld: “Padre, haz de mí lo que quieras”. Nos preguntamos: ¿**Experimento la fidelidad de Dios?**

Tercera Configuración

Es la etapa del “adulto sabio”. El final de la vida lleva a la sabiduría personal, pastoral y espiritual o a huir de lo que nos despoja, lastima y partir llenos de resentimientos. Un peligro es querer vivir o hacer lo que no se hizo. Positivamente, la oración se hace más sencilla, se recibe el don de escuchar mucho y hablar poco, se comparte la Pasión del Señor; esta es la clave. Con amor maduro se ama totalmente a la Iglesia, se anhela la salvación de todos, se vive desde la Cruz personal o eclesial. Se hace una nueva síntesis de vida. La adhesión a Cristo abarca todas las dimensiones de la personalidad. Algunos pueden decir con Pablo: “no soy yo quien vivo, es Cristo quien vive en mí” (Gal. 2, 20). Las amistades de siempre comienzan a partir y la persona se siente “sola” en la vida. Se debe aceptar la enfermedad, la jubilación y la proximidad de la muerte. Se purifican la imaginación y los sentimientos, mientras se disfrutan los “nietos espirituales”. Queda por decir: “Somos

siervos inútiles, sólo hicimos lo que debíamos hacer” (Lc 17, 10). “He peleado el buen combate...he conservado la fe” (2 Tim 4, 7).

Conclusión

La vocación es un don que recibimos en “*vasijas de barro*” (Cf. 2 Cor 4, 7). En todas las etapas Pablo nos dice: “*aconsejo que reavives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de las manos*” (2 Tim 1, 6). Por este don inmerecido, maravilloso, apasionante, podemos decir que “vale la pena ser cura”. Es un fuego a reavivar. Si contemplamos una estufa a leña, algunos fuegos arden y otros corren el riesgo de apagarse; aún entre las cenizas quedan brasas y es posible avivarlas. Podemos leer el “reavivar” desde dos dinámicas complementarias. Por un lado, se trata que el fuego no se apague; esto equivale a seguir configurándonos con el Buen Pastor y a cuidar a los hermanos. El texto dice: “*anazopyrein*”, reaviva el fuego del carisma de Dios que hay en ti. Por otro, se puede interpretar como “resurrección” del don recibido. La primera dinámica nos llama a actualizar responsablemente la gracia recibida; la segunda, a dejar que la gracia actúe portentosamente. En ambos casos son necesarias las mediaciones. Nos preguntamos: **¿Buscamos ayudas concretas para reavivar el don recibido?** En una estufa, el “trasfoguero” es el que mantiene las brasas encendidas; convendría tener uno a varios trasfogueros en el presbiterio, estrategias que lleven a encontrarnos más allá de las reuniones marcadas, posibilidad de profundizar la vida espiritual junto a los laicos.

Se nos invita a volver al día de la Ordenación para vivir una permanente “metanoia”, para volver al primer amor, fervor, entusiasmo (Cf. Apoc 2, 4). Se trata de un cambio interior que re-significa la vida y reimpulsa a la misión. ¿Cómo hacerlo? El Apocalipsis afirma: “se ferviente y arrepiéntete” (Cf. Apoc 3, 19- 20).

Sugerimos: I) re-enamorarnos de Jesucristo y crecer en devoción a la Virgen María (también en el matrimonio hay que renovar el amor para que la rutina no lo vacíe). II) cuidar la vida espiritual (libertad interior, conciencia moral y de pecado, sentido común, sensibilidad pastoral, para amar más desde el ministerio; vivir los “frutos” de cada Eucaristía y celebrar periódicamente la Reconciliación). III) saber tener un acompañante espiritual. IV) cuidarnos y asumir con madurez las propias debilidades y responsabilidades, saber revisar los vínculos, servicios, cercanía a los pobres, fraternidad presbiteral y relación con el Obispo. V) **asumirnos en un permanente proceso de configuración**. En definitiva, ser fieles y decir diariamente desde el corazón: “hágase tu voluntad...no nos dejes caer en tentación y líbranos del mal”.

Florida, 6 de agosto de 2019
Pbro. Dr. Carlos Silva

Dejo dos preguntas: *¿Valoro el don del presbiterado e intento reavivarlo? ¿Cómo ayudar a los demás a vivir con fidelidad orante el ministerio?*